

**ESCRITURA, AUTORÍA E INTERPRETACIÓN CULTURAL
EN CIENCIAS SOCIALES. A PROPÓSITO DE *TRAS LOS HECHOS*,
DE CLIFFORD GEERTZ**

Ramiro Segura

Universidad Nacional de La Plata / Universidad Nacional de San Martín /

Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina)

segura_ramiro@hotmail.com

Resumen

La autobiografía intelectual de uno de los más influyentes antropólogos del siglo XX -*Tras los hechos*, de Clifford Geertz- es el punto de partida del presente ensayo. Una vez enunciados, a modo de precauciones, los parámetros y las tensiones dentro de los cuales se lleva a cabo el presente análisis, se establecen conexiones intertextuales entre la citada autobiografía y el campo intelectual con el cual dialoga (la antropología norteamericana contemporánea) con el objeto de reflexionar acerca de tres tópicos fundamentales para las ciencias sociales contemporáneas: la escritura, la autoría y la interpretación cultural.

Palabras clave: escritura – autoría – interpretación – antropología.

Introducción – o acerca de las precauciones

“El etnógrafo escribe”

Clifford Geertz

“Se planteó un solo problema: ¿cómo narrar los hechos reales?”

Ricardo Piglia

El presente trabajo se propone, partiendo del “libro” de Clifford Geertz *Tras los hechos*, reflexionar acerca del “autor” y su “obra” en el marco de la “disciplina” a la que el mismo adscribe, la antropología (1). Ciertamente, al instante inmediatamente posterior a definir tales objetivos, comienzan a multiplicarse los problemas. Problemas que, pese a todo, podríamos tratar en dos apartados, a modo de precauciones que hemos tomado a la hora de realizar el análisis.

a) Las vacilaciones “después” de Foucault

¿Cómo suponer plausible –y neutra- la operación de realizar el “comentario” de un “libro” y una “obra” atribuibles a un “autor”, al cual situamos en el marco de una “disciplina”? Fue justamente Foucault quien despojó a estas categorías “de su supuesta universalidad”, precisando las condiciones históricas específicas en que aparecen como categorías fundamentales de la clasificación de los discursos (2). En última instancia “el desafío primero y terrible” que Foucault nos lanza es el siguiente: “hacer vacilar, fisurar lo que funda, en la configuración de saber que es la nuestra, la inteligibilidad y la interpretación de toda obra” (Chartier, 1996: 16-17).

Ese desafío nos dice que libro y obra son “unidades que hay que mantener en suspenso”. Todo libro se halla “envuelto en un sistema de citas de otros libros, de otros textos, de otras frases, como un nudo en la red (...), no se construye sino a partir de un campo complejo de discursos”. La obra, por su parte, que a simple vista parece ser una “suma de textos que pueden ser denotados por el signo del nombre propio” y sin embargo esta denotación “no es una función homogénea”, ya que la constitución de una obra supone ciertas operaciones de delimitación y exclusión que nos deben hacer tener presente que la misma “no puede considerarse ni como una unidad inmediata, ni como una unidad cierta, ni como una unidad homogénea” (Foucault, 1997: 36-39).

Estas advertencias nos llevan a cuestionar la noción de autor “como principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia” (Foucault, 1992: 24), ya que, por un lado, la función autor se consolida en ciertas condiciones históricas (jurídicas y políticas) específicas y no actúa en todas partes ni de forma constante. Caracteriza, en última instancia, el “modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad” (Foucault, 1969: 20), en los cuales el nombre de autor asegura una función clasificatoria, permitiendo reagrupar cierto número de textos, delimitarlos, excluir algunos, oponerlos a otros; es decir, “el nombre del autor funciona para caracterizar un cierto modo de ser del

discurso" (1969: 19).

Este breve recorrido nos muestra que se encuentran en cuestión las categorías centrales que han hecho factible la interpretación -de un libro, una obra, un autor-. Sin embargo, pese a no poder considerar a dichas unidades como naturales, universales y estables, no cabe duda de que funcionan como principios organizadores del discurso actual y que, en el campo también inestable que recorta ciertos discursos y prácticas dentro de la "disciplina" antropológica, según el propio Geertz "importa aún mucho quién habla" (3) (1989: 16). El autor sigue siendo una categoría central en los modos de pensar, clasificar y enseñar la antropología y demás ciencias sociales.

Especificidad del discurso antropológico que, en virtud del papel central del autor, se encontraría más cerca del discurso "literario" que del "científico" (Geertz, 1989). Y en este papel clave de la función autor en el interior de dicho discurso es imposible no encontrar tanto la huella de la propia tarea intelectual de la antropología como la de la crítica antropológica reciente. Por un lado porque, como claramente vislumbra Chartier, "Foucault no exime al autor de la sumisión a las categorías que caracterizan, en un momento histórico particular, el régimen de producción de los discursos" (1996: 17) (4) ya que la incorporación de estas categorías que dan cuenta de las obras en el orden de los discursos posibilita la articulación entre la escritura (práctica libre, aleatoria) y los procedimientos de control y organización del discurso. Por otro lado, podemos pensar la tarea crítica de la antropología reciente -fundamentalmente la antropología interpretativa y posmoderna norteamericana- como un *discurso constitutivo del autor* (Foucault, 1992: 54), aunque la finalidad sea, según los casos, transformarlo, reforzarlo o cuestionarlo. De hecho, la crítica actual en el interior de la antropología -incluyendo la del propio Geertz- ha colocado en el centro de la mirada la figura del autor: nos ha mostrado su emergencia, sus modos de existencia, las distintas posiciones que ha tomado, los nuevos modos de autoría, entre otras cuestiones (5).

Ante este panorama, es imposible escapar a la utilización de las categorías discutidas. Trabajar con ellas es, por tanto, una necesidad y un riesgo. Sabemos que ni la obra ni el libro son unidades estables; sabemos, también, que el autor, lejos de ser el fundamento originario (del libro y de la obra) es una función variable y compleja del discurso. Con estas precisiones acerquémonos, pues, a un "libro" (Tras los hechos), a la "obra" de un "autor" (Geertz), a una "disciplina" (la antropología).

b) La risa de Clifford Geertz

Si, como sostuvimos hace un momento, todo libro es un *nudo en una red*, remitiéndonos de esta manera a un incesante juego intertextual, estableciendo proximidades y distancias, parentescos y rupturas, *Tras los hechos* es *explícitamente* (estoy tentado a escribir: *intencionalmente*) eso. Se trata, en efecto, de un libro heteróclito, compuesto de fragmentos de otros libros. Es un meta libro, libro de libros, donde es factible encontrar reflexiones acerca del trabajo de campo, dos ciudades, dos países, la antropología poscolonial, el Islam, la política y la modernidad entre otros tópicos en un inmenso caleidoscopio que el propio Geertz construye (y en donde él se construye).

Una dimensión que difícilmente se pueda pasar por alto a la hora de reflexionar acerca de Geertz es que en la transparencia de su narrativa radica su opacidad. Quiero decir: constantemente, de modo recurrente, reiterativo, a lo largo de todo el libro, Geertz explicita sus puntos de partida, su estrategia de construcción textual y, al mismo tiempo, enumera otras posibles y los motivos por los cuales las descarta. De este modo, nos hallamos como lectores con un texto auto referencial, que continuamente remite a sí mismo, al modo en como fue escrito, a las razones, motivaciones y efectos buscados, a los posibles senderos que podrían haberse tomado y fueron desechados. Por momentos parece un texto transparente, todo está en él: Marruecos, Indonesia, Geertz, la antropología y los modos alternativos de narrar ese todo. Ahora bien, luego del primer acercamiento, es la propia auto referencialidad del texto, ese constante repliegue sobre sí mismo, que lo transforma en algo opaco, cifrado: *densa trama a interpretar*.

Y aquí corresponde hacer una elección o, al menos, plantear una incertidumbre: ¿cómo leer a Geertz? En última instancia, *Tras los hechos* es una escritura geertziana de Geertz. Nosotros ¿cómo lo leeremos? ¿Es el modo en que Geertz leyó a Lévi-Strauss, Radcliffe Brown, Benedict o Malinowski el modo correcto de leer a Geertz? Y si seguimos al pie de la letra la lectura -y, antes que nada, escritura- de sí mismo ¿no quedamos de ese modo atrapados en el laberinto que el autor construye?

Parecería suceder algo equivalente -o al menos análogo- a lo que ocurre con la lectura de Foucault. Como sostiene Chartier: "¿Hay que oponer Foucault a Foucault e inscribir su trabajo en las mismas categorías que él

consideraba impotentes para dar cuenta adecuadamente de los discursos? ¿O bien hay que someter su obra a los procedimientos del análisis crítico y genealógico que ella propuso y, al mismo tiempo, anular lo que permite delimitar su unicidad y su singularidad?" (1996: 19). En definitiva, en el intento –y en la incertidumbre- de leerlo ¿cómo no escuchar la risa de Clifford Geertz? (6).

Tras los hechos

Una vez explicitadas estas precauciones, que delimitan tensiones interpretativas, es decir, definen el contorno dentro del cual la tarea se realiza sin poder escapar a dichas tensiones, centrémonos en el libro, en su *estructuración*.

Su subtítulo es preciso: *Dos países, cuatro décadas, un antropólogo*. El hilo es temporal y el tiempo narrado se corresponde a la *trayectoria individual* (profesional), por dos países (Indonesia y Marruecos) –y muchas y diversas instituciones académicas- de un antropólogo (Clifford Geertz). Libro *tangencialmente autobiográfico* sostiene Peirano, lo que –argumenta- de inmediato nos indica la conciencia de su autor acerca de la influencia que ejerció en el desarrollo de la antropología (1997: 74). El armazón que sostiene las descripciones de ciudades y países, las reflexiones sobre el trabajo de campo y el estatus de la antropología, las preocupaciones epistémicas y de escritura, es justamente la trayectoria intelectual del propio Geertz, su devenir como antropólogo en un mundo conflictivo y cambiante.

El libro fue editado por primera vez en lengua inglesa en 1995 (la primera traducción al español es de 1996), momento para el cual Geertz ya era un consagrado antropólogo en Princeton –máxima institución académica norteamericana-, con cuatro décadas de experiencia en la disciplina, experiencia que el libro pretende reconstruir. Geertz sostuvo que *Tristes Trópicos*, de Lévi Strauss, es el libro que "mejor ilumina la totalidad de su obra" (1989: 37), la cual no puede pensarse como una progresión lineal ni como un movimiento recurrente de la misma mirada (estructuralista) sobre dominios diversos, sino a partir de *Tristes Trópicos*, pivote alrededor del cual la obra de Lévi Strauss gira, "architexto" a partir del cual todos sus demás textos han sido generados.

Distinta es la situación de *Tras los hechos* en la "obra" de Geertz, fundamentalmente por la posición que ocupa cronológicamente en la misma. El libro de Geertz viene a "cerrar" su producción y presenta, sin dudas, características de un "balance" y unas "memorias": *el libro es el ámbito donde se entrecruzan y dialogan* las producciones, reflexiones y experiencias de campo e institucionales de Geertz y sus colegas a lo largo de 40 años.

El libro está sujeto a una *doble estructuración*. Por un lado, la sucesión de los capítulos habla de una *estructura elíptica*: da cuenta de su objeto –objeto polimorfo o múltiple: su trayectoria, Marruecos e Indonesia, la antropología, la escritura- desde perspectivas diversas, focalizando en dimensiones distintas: ciudades, países, culturas, hegemonías, disciplinas, modernidades. Por otro lado, en cada capítulo, se evidencia una *estructura pendular*: la exposición va de un lado a otro, entre Pare y Sefrou (ciudades), entre Indonesia y Marruecos (países), entre ambas culturas, por medio de micronarrativas donde el antropólogo –norteamericano- es un actor (hegemonías), entre las diversas instituciones académicas por las que pasó (disciplinas), en el mundo poscolonial (modernidades).

De este modo, ambas estructuras constituyen una trama compleja que posibilita al lector reconstruir su objeto polimorfo o múltiple: el trabajo de campo, el abordaje interpretativo, la reflexividad de un antropólogo norteamericano, su trayectoria académica, las sociedades marroquí e indonesa, la antropología en el mundo actual... todo en un libro. Y aquí, sin dudas, hay un punto de encuentro *profundo* (Geertz, 1997: 355) entre este libro y *Tristes Trópicos*: texto auto referencial, texto que es simultáneamente muchos textos, texto que reclama para sí el mundo.

De este modo, Peirano no hablará de "este texto implacable" ni como una historia ni como una biografía sino –citando al propio Geertz- como "una confusión de historias, una profusión de biografías" (1997: 74).

Conexiones intertextuales

Una vez planteada su estructuración y la profusión de tópicos que engloba, trataremos las conexiones intertextuales, los diálogos y puentes que es posible establecer entre el texto con la "obra" previa y con otros "autores". Evidentemente, ante un libro caleidoscópico, las conexiones son múltiples. Debido a esto, hemos recortado tales nexos a los relativos a tres problemas centrales en la reflexión geertziana: la escritura, el autor y el sentido de la antropología.

a) Escritura

Tras los hechos comienza planteando el siguiente problema: si uno, después de cuatro décadas, tiene el propósito de ponerse a contar cómo han cambiado las cosas ¿cómo dar cuenta del cambio? Más allá de las diferentes estrategias discursivas que sería posible utilizar (7) el problema estriba en que “han cambiado más cosas y de manera más inconexa de lo que uno pudiera imaginar” (1996: 11): las dos ciudades, el antropólogo, la disciplina, los países, el contexto internacional.

Si no hay un lugar desde el cual situarse y mirar, “lo único que podemos construir, si tomamos notas y sobrevivimos, son *relatos retrospectivos* de la conexión de las cosas que aparentemente han sucedido: recomponiendo un rompecabezas, *en pos de los hechos*”. Y en esta actividad, de hecho, radica la comprensión: “relatos que se construyen a partir de nociones existentes” donde “el valor se añade, no se extrae” (1996: 12; las cursivas son mías).

Identificamos, de este modo, una de las cuestiones centrales de la antropología actual, cuestión que justamente Geertz –junto a otros- colocó en el centro de la reflexión antropológica: *la escritura*. “La habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente `estado allí`. Y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura” (Geertz, 1989: 14).

De modo más general, de lo que se trata es de sostener la existencia de un *hiato insalvable* –constitutivo de la práctica antropológica- *entre experiencia y escritura*. Distancia ya expuesta –pero habitualmente soslayada- por Malinowski: “En etnografía es enorme la distancia entre el material bruto tal como se presenta en el caleidoscopio de la vida tribal y la presentación autorizada de los hechos” (1986: 21).

De esta manera, que el último párrafo del primer capítulo comience, después de lo expuesto, con el enunciado: “Estos son los hechos” no puede ser sino una ironía, corregida (parcialmente) en el enunciado siguiente: “O, al menos, así los he contado” (1996: 27). En realidad, la característica central de la etnografía para Geertz es su “carácter en pos de los hechos, *ex post*” y de este modo implica “un esfuerzo continuo de concebir sistemas de discurso que más o menos puedan dar cuenta de los acontecimientos que están ocurriendo” (1996: 28), es decir, relatos diseñados en función de una utilidad interpretativa.

El papel de la escritura no se limita, entonces, a la presentación autorizada de los hechos. Quiero decir: en Geertz es claro que la escritura no se limita a tener una función retórica. “El etnógrafo `inscribe´ discursos sociales, los pone por escrito, los redacta” con fines interpretativos (1997: 31). Y esta textualización, esta fijación escrituraria de algunos fragmentos no del `decir´ sino de `lo dicho´ -distinción que Geertz toma de Ricoeur-, es el prerequisite para interpretar, para intentar hacer algo como “tratar de leer” (1997: 24).

En última instancia, “no hay duda de que las cosas, cualquier cosa que sean, son: ¿qué otra cosa podrían ser? Pero en los relatos que hacemos de ellas traficamos con los relatos de nuestros informantes, de nuestros colegas, de nuestros predecesores, con los nuestros propios; son constructos. Relatos de relatos, visiones de visiones”. De este modo, la descripción cultural es “conocimiento construido, de segunda mano”, por lo que debemos “aceptar el hecho de que los hechos están hechos (como debería alertarnos la propia etimología de la palabra: *factum, factus, facere*)” (8) (Geertz, 1996: 69).

Etnografía es escribir, entonces, en un doble sentido: construir relatos con utilidad interpretativa y, simultáneamente, reflexionar –escribiéndolo- acerca de los modos posibles de escribir dichos relatos.

La explicitación de la naturaleza del trabajo antropológico y del papel que en él desempeña la escritura nos arroja en un tipo de trabajo autoconsciente “que consiste en contar cómo uno ha llegado a decir lo que uno ha dicho” (Geertz, 1996: 70) y es en este tipo de trabajo, descripción cultural y, simultáneamente, reflexión acerca de dicha descripción, donde vemos la emergencia de un tipo de autor radicalmente distinto al de la antropología clásica.

b) Autor

Sin lugar a dudas es en el entrecruzamiento entre el nuevo escenario mundial que se va configurando a partir de los *procesos de descolonización* del Tercer Mundo y el *giro cultural* en la reflexión acerca de lo social donde debemos situar el debate acerca de la antropología, la escritura y el autor. Reflexionar, en fin, sobre un mundo

cambiante desde un lugar cambiante y con nuevas herramientas.

En la antropología –fundamentalmente en la norteamericana- se comienza en los años ochenta a reflexionar acerca de “la formación y la quiebra de la autoridad etnográfica en la antropología social del siglo XX” (Clifford, 1991: 142), acerca del fin del “realismo etnográfico” entendido como un “consenso tácito y artificial en la antropología anglonorteamericana durante aproximadamente los últimos 60 años” (Marcus y Cushman, 1991: 171). La crítica a la autoría “clásica” se desarrolla y, casi con seguridad, actualmente muy pocos discutirían una de las conclusiones de un libro de Geertz pionero en tal crítica: “lo que en otro tiempo parecía sólo una dificultad técnica, meter `sus` vidas en `nuestras` obras, ha pasado a ser un asunto moral, política e incluso epistemológicamente delicado. La *suffisance* de Lévi-Strauss, la seguridad de Evans-Pritchard, la compulsividad de Malinowski y la imperturbabilidad de Benedict parecen hoy cosas lejanas” (Geertz, 1989: 140).

El punto de partida de las críticas fue la reformulación de la observación participante en términos hermenéuticos como “una dialéctica entre la experiencia y la interpretación” (Clifford, 1991: 152). Paradójicamente, en el realismo etnográfico se suponía, por un lado, que la experiencia (el trabajo de campo) era la fuente de su autoridad (Clifford, 1991: 153) y por otro lado, de manera simultánea, los modos de representación (las formas de narrar el “estar allí”) no hacían más que alejarse de esa experiencia, por medio de la no intrusión del investigador en el texto, la generalización a partir de situaciones únicas y específicas, el relegamiento de la información sobre el trabajo de campo a prefacios, notas al pie y apéndices, la pretensión de representar el mundo tal como los otros lo veían, etc. (Marcus y Cushman, 1991: 175-183).

La problematización de la experiencia y la interpretación en tanto no son prácticas neutras, la comprobación de que “la etnografía está, desde principio a fin, atrapada en la red de escritura”, lo cual implica, al menos, “una traducción de la experiencia a una forma textual”, proceso complejizado “por la acción de múltiples subjetividades y de constricciones políticas que se encuentran más allá del escritor” (Clifford, 1991: 144), condujo a la construcción de nuevas estrategias de autoridad.

Es decir, por medio de esta tarea crítica de la antropología reciente se desmontan las operaciones discursivas de la antropología clásica y, simultáneamente, vemos emerger y delinearse nuevos modos de autoría. De este modo *Tras los hechos* presenta una característica principal compartida por todas las etnografías experimentales: integra, “en sus interpretaciones, una preocupación explícita por la forma en que se han construido tales interpretaciones” (Marcus y Cushman, 1991: 172).

En ese sentido, con la finalidad de delimitar el espacio a partir del cual –y en el cual- emergen nuevas formas de autoría antropológica, debemos destacar dos aspectos: por un lado, la crítica a las formas de autoría tradicionales; por otro, la construcción de formas textuales donde se oscila constantemente entre la reflexión acerca de la comprensión y la comprensión en sí. Es a partir de estos dos puntos de encuentro que emergen formas novedosas y diversas –cuando no enfrentadas- de autoría en antropología.

Si situáramos a Geertz en el campo de la etnografía experimental y siguiéramos las “taxonomías” que se han elaborado, sin dudas sus trabajos se encuentran dentro del *modo textual* y no del dialógico. Mientras este último modo supone representar los datos subsumidos en diálogos entre el informante y el etnógrafo estableciendo una “autoría dispersa”, en el modo textual “el etnógrafo como traductor se encuentra separado de lo que interpreta”, una vez que se dieron los pasos de experiencia, textualización e interpretación (Marcus y Cushman, 1991: 189-190), generando “un modo familiar de autoridad que afirma representar mundos discretos, significativos” (Clifford, 1991: 157).

No pretendemos introducirnos en profundidad en estos debates acerca de los modos de representación. Quizás sólo alcance con indicar que este es uno de los puntos de disputa centrales: modo textual frente a modos dialógico y polifónico (9). La posición de Geertz en este punto es clara (y su ironía contundente): “no hay forma de evadirse del peso de la autoría, por grande que este peso se haya hecho; no hay forma de desplazar esta responsabilidad hacia el `método`, el `lenguaje` o (una especialmente popular maniobra del momento) hacia `las gentes mismas` redescritas ahora (`reapropiadas`, sería el término más correcto) como coautores” (Geertz, 1989:149-150).

En este sentido, en ciertos pasajes de *Tras los hechos* propone algo novedoso en relación con su “obra” previa: en el mundo poscolonial, en el cual “nuestras ideas sobre los `primitivos` se han hecho menos primitivas y nuestra seguridad sobre la `civilización` menos segura”, donde ya no quedan sitios en los cuales “no se oigan las interferencias del contexto”, en ese mundo “no hay nada que fotografiar. Lo mismo podemos decir de los prefacios y apéndices. Marginalizan lo que es central. Lo que se necesita (...) son anécdotas, relatos, parábolas:

mininarraciones en las que el narrador esté incluido" (1996: 71-72; las cursivas son mías).

Se suceden, entonces, las anécdotas: junto a su mujer en el marco de una inminente guerra civil en el sudoeste de Bali en 1957; buscando un lugar apropiado para realizar trabajo de campo en Marruecos en 1964; participando en unas conferencias en Marrakech durante la gestión Reagan en 1985; como asesor técnico de la Fundación Ford en Sumatra en 1971.

¿Qué nos muestran estas anécdotas de un antropólogo norteamericano en el mundo poscolonial? "Hay muchas ventajas en ser ciudadano de una superpotencia en lugares menos influyentes, pero no hay dudas de que la invisibilidad cultural no está entre ellas" (1996: 93) "Sputniks, bases extranjeras, aventuras diplomáticas, conferencias internacionales, misiones de ayuda e intercambios culturales no son eventos externos a lo que los antropólogos nos encontramos delante de nosotros (...) Los asuntos mundiales te siguen y *los contextos herméticos estallan*" (1996: 99; las cursivas son mías).

En el modo de situarse, en la manera de *presentación del self* que está presente en estos relatos, hallamos la otra gran diferencia de Geertz con los antropólogos posmodernos. Por un lado, es consciente de las asimetrías y desigualdades constitutivas de la práctica etnográfica, pero eso no lo lleva a la posición de denuncia constante (10) que, en casos extremos, imposibilita la comprensión del otro. Por otro lado, es justamente ese "nerviosismo" presente en la antropología posmoderna que se traduce en un modo de autoría específica: *el enfoque "yo-testifical"* de construcción de descripciones culturales (Geertz, 1989), giro introspectivo cuyo antecesor ilustre es Malinowski.

Esquemáticamente, se supone que una descripción convincente debe tener un "yo" convincente y, de este modo, la etnografía aparece como "la comprensión del yo pasando por le desvío de la comprensión del otro" (Rabinow, 1992: 19). Surgen así, "textos antropológicos altamente `auto-saturados`, e incluso supersaturados" donde el "yo" que se construye en el texto traduce malestar. "La imaginaria que aquí está en juego no es la de una esperanza científica que compense la debilidad interior, a lo Malinowski (...) es una imaginaria del extrañamiento, la hipocresía, la dominación y la desilusión" (Geertz, 1989: 106-107).

En Geertz, por el contrario, no encontramos ni modo dialógico ni "yo-testifical". Pese a que es probable que *Tras los hechos* sea el libro más "autor-saturado" de los que ha escrito Geertz, el "yo" que construye no tiene ni el tono "intimista" ni la finalidad de la "confesión" y la "sinceridad". Por el contrario, se trata de un "yo-comprensivo" que se debate constantemente por comprender desde Marruecos e Indonesia, pasando por la antropología y el papel de un antropólogo norteamericano en el mundo poscolonial, hasta su propia trayectoria. Y para comprender, seguro de que no se trata de un avance hacia la verdad o el ser o el mundo, se mueve en "un incesante hacer y deshacer de hechos e ideas" (Geertz, 1996: 120) (11).

c) Antropología

Los tópicos abordados hasta aquí sólo han podido constituirse en problemas en tanto y en cuanto se fue consolidando una *antropología interpretativa* para la cual "el análisis de la cultura ha de ser (...) no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones" (Geertz, 1997: 20), ya que "la refiguración de la teoría social representa (...) una transformación en nuestra noción no tanto de lo que es el conocimiento, sino de lo que queremos saber" (Geertz, 1994: 34).

En este sentido *Tras los hechos* evoca, en un movimiento dialéctico, las transformaciones del mundo, de la disciplina, del propio Geertz (y de la disciplina en el mundo, de Geertz en la disciplina, etc). Nuevamente, el hilo narrativo lo constituye la trayectoria profesional del propio Geertz en los distintos lugares donde realizó trabajo de campo, a través de diversas instituciones académicas –Harvard en los años cincuenta, Chicago en los sesenta, Princeton en los setenta- y ocupando con el correr de los años distintas posiciones (en un sentido siempre ascendente) en el campo intelectual.

Sin embargo quisiera, para finalizar, centrarme específicamente en el modo como Geertz *piensa la antropología*, más allá de las perspectivas teóricas y epistemológicas. Decíamos que una "disciplina" es uno de los mecanismos internos del discurso –junto con el autor y el comentario- que controla su producción, "le fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas" (Foucault, 1992: 31). Ahora bien, para Geertz la idea de una disciplina no encaja demasiado bien en el caso de la antropología. "Tanto ante sí misma como ante los otros, la antropología siempre *ha ofrecido una imagen borrosa de sí misma*; es amplia, general y de grandes aspiraciones (`el estudio del hombre`), y al mismo tiempo particular, miscelánea y

obsesionada con cosas raras (...) no llega a definirse ni por el método ni por el objeto de estudio (...) El patrimonio teórico, no demasiado abultado, ha sido tomado prestado de otros –Marx, Freud, Saussure o Darwin” (1996: 101).

Si es a la vez demasiado amplia y extremadamente particularista, si no es posible definirla ni por el método ni por el objeto, si carece de un patrimonio teórico propio y rico, entonces ¿qué define y distingue a esta “disciplina indisciplinada” (1996: 102)? Su respuesta es simple y conflictiva a la vez: *la dimensión práctica*. “En antropología (...) lo que hacen los que la practican es etnografía” (1997: 20) y esta “se asemeja más a algo que uno aprende mientras año tras año continúa intentando adivinar qué es y cómo se practica, que a algo que se inculca a uno por medio de algún método sistemático de obtener obediencia o de una preparación [formalizada] mediante la instrucción y el control”. Y es debido a esto que “merecemos esa imagen difuminada que tenemos: hay verdaderamente una falta de perfil firme y objetivos definidos de lo que hacemos” (1996: 102).

De hecho, para Geertz los cambios en las perspectivas antropológicas recientes no son sólo cambios conceptuales -aunque sin dudas estos jugaron un papel más importante del que Geertz les atribuye- sino que “son cambios en el modo de practicar la antropología, motivados por alteraciones en las circunstancias concretas bajo las cuales se conduce la investigación”. Es decir, no sólo se transformaron las ideas sino que “el mundo tampoco es lo que era” (1996: 132-133; las cursivas son mías).

¿A qué se debe esta imagen difusa de la antropología? Podemos, de hecho, mirar dos procesos que se refuerzan mutuamente para entender la posición de Geertz. Por un lado, la presunción de James Clifford de que la etnografía se ha convertido en el centro de “un fenómeno interdisciplinario emergente” de estudios culturales críticos y descriptivos (Rosaldo, 1991: 46). Por otro lado, la constatación de Geertz de que en los últimos años “ha habido una enorme mezcla de géneros en la vida intelectual, y que esa amalgama de géneros continúa produciéndose” por lo que, “en lugar de hallarnos frente a una matriz de especies naturales, de tipos fijos divididos por diferencias cualitativas claras, nos vemos rodeados por un campo enorme y casi continuo de obras diversamente pensadas y variadamente construidas” (Geertz, 1994: 31-33).

A la inestabilidad del campo intelectual actual, al proceso de desgaste de las fronteras disciplinares, debemos sumarle, en el caso de la antropología norteamericana, un proceso paradójico señalado por Peirano, que refuerza la dispersión. Mientras los antropólogos cuestionan el exotismo -y la tajante separación entre Nosotros / Otros que el mismo supone- que guió la práctica disciplinar durante el período clásico, éste sigue siendo el principio estructurante para clasificar a un trabajo de antropológico. De este modo “hoy, al pretender negar esa asociación [con el exotismo], los estudios de inspiración antropológica dejan de ser “antropología” (1997: 86) (12).

Esta situación “a la vez fluida, plural, dispersa e inevitablemente caótica” es, según Geertz, positiva: “las personas que se califican de científicos sociales (...), liberadas de la tarea de convertirse en individuos taxonómicamente honorables, tarea que por otra parte nadie lleva a cabo (¿?), han logrado la libertad necesaria para desarrollar su trabajo en función de sus necesidades, y no de acuerdo con las ideas heredadas sobre lo que deben o no deben hacer [léase disciplina]” (1994: 33). Y es esta percepción la que lo lleva a presentar a la antropología como “una vaga colección de carreras intelectuales” (Peirano, 1997: 78), la antropología como “una licencia para la caza intelectual furtiva” (Geertz, 1994: 33).

Hay, pese a todo, algo problemático y contradictorio en los modos de presentar la antropología y de situarse en la misma. Mientras por un lado presenta la imagen de una cuasi disciplina (disciplina indisciplinada) no definida ni por su objeto, ni por su método, ni por su bagaje teórico, demasiado general y particular a la vez, difusa e inestable, por otro, de manera simultánea, explicita su proyecto: “redefinir total y completamente la empresa etnográfica (...) hacer de la antropología una disciplina hermenéutica” (1996: 117).

Mientras por un lado sostiene la existencia de una situación fluida y caótica, donde uno tiene la libertad necesaria para desarrollar su trabajo en función de sus necesidades y no de acuerdo con las ideas heredadas, por otro, para llevar a cabo su proyecto de una antropología interpretativa, se sitúa discursivamente en el canon disciplinar –al cual no nombra pero, de hecho, existe-, marcando continuidades y rupturas con los “formadores de discursividad” clásicos y reclamando dicha herencia para sí.

En estas oscilaciones lo que se manifiesta es, en definitiva, la tensión que existe entre dos modos de auto presentación que Geertz expone alternativamente: por un lado, la imagen de un sujeto libre que se mueve a través de ideas, territorios e instituciones diversas (en definitiva, el autor como la fuente de sentido y coherencia de una obra); por otro lado, su negación, el desplazamiento del autor del centro: “en los relatos que hacemos

traficamos con los relatos de nuestros informantes, de nuestros colegas, de nuestros predecesores, con los nuestros propios; son constructos. Relatos de relatos, visiones de visiones" (1996: 69). Tensión que el mismo Geertz identifica como "la experiencia indivisible de, por un lado, intentar encontrar mi lugar en todo tipo de lugares y, por otro, los propios lugares presionando sobre mí", experiencia que "parece haber producido todo lo que ha aparecido bajo mi firma profesional. Más aún, ha producido la propia firma" (1996: 136). En definitiva, es justamente recurriendo a las "reglas disciplinares" incorporadas con la finalidad de transformarlas que Geertz se sitúa en la disciplina y ésta adquiere continuidad al mismo tiempo que se transforma.

Notas

(1) Una versión anterior del presente ensayo fue presentada para la aprobación del seminario "La antropología entre la ciencia y la literatura. A propósito de Lévi-Strauss y *Tristes Trópicos*", dictado por el Doctor Gustavo Sorá, del 8 al 12 de septiembre de 2003. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP.

(2) La hipótesis central propuesta por Foucault en *El Orden del Discurso* (1992) se podría resumir del siguiente modo: en toda sociedad existen procedimientos que controlan, seleccionan y redistribuyen la producción del discurso, entre los que encontramos procedimientos de exclusión (lo prohibido, lo separado y rechazado, lo verdadero y lo falso), procedimientos internos (el comentario, el autor, las disciplinas), procedimientos relacionados con la utilización del discurso (rituales, sociedades de discurso, doctrinas, educación).

(3) La expresión "importa mucho quien habla" es una paráfrasis –y una inversión– que Geertz realiza de una frase que Foucault toma de Beckett para desarrollar su argumentación: "Qué importa quién habla".

(4) Cito: "Pienso que –al menos a partir de cierta época– el individuo que se pone a escribir un texto, en cuyo horizonte ronda una obra posible, retoma por su propia cuenta la función autor: lo que escribe y lo que no escribe, lo que traza, incluso a título de borrador provisorio, como esbozo de la obra, y lo que deja caer como comentarios cotidianos, todo ese juego de diferencias está prescrito por la función autor" (Foucault, 1992: 26).

(5) Pienso en los trabajos de Geertz (1989), Clifford (1991), Marcus y Cushman (1991) y Tyler (1991), entre otros. A grandes rasgos todos coinciden en que la función autor se consolidó en la antropología a partir de 1920 (con la figura del antropólogo trabajador de campo escritor de monografías en presente etnográfico) y hablan, según los casos, de "realismo etnográfico" (Marcus y Cushman), "autoría monológica" (Clifford), etc. Por el contrario, desde la década de 1960 estaríamos asistiendo a la producción de "etnografías experimentales" que tienden hacia la construcción de una autoría "dialógica" o "dispersa".

(6) Retomo en esta expresión ideas provenientes del análisis crítico que De Certeau realiza acerca de la obra de Michel Foucault. Cito: "En esta buena jugarreta a todos aquellos –que fueron y serán numerosos– que se esfuerzan en leerlo, ¿cómo no escuchar, metálica y fulgurante, la risa de Michel Foucault?" (1998: 39-50).

(7) "Podría contrastar el entonces con el ahora, el antes y el después, describir cómo era la vida y en qué se ha convertido. Podría escribir una narración (...) Podría crear índices e identificar tendencias: más individualismo, menos religiosidad, creciente bienestar, moral en declive. (...) Podría poner el acento en las etapas –tradicional, moderna, posmoderna, feudalismo, colonialismo, independencia– y establecer un fin para todo ello: el Estado frío, la jaula de hierro. Podría describir las transformaciones de las instituciones, las estructuras en movimiento: la familia, el mercado, la administración pública, la escuela. Podría incluso construir un modelo, concebir un proceso, proponer una teoría. Podría diseñar gráficos" (Geertz, 1996: 11).

(8) En otro lugar Geertz escribió: "Los escritos antropológicos son ellos mismos interpretaciones y por añadidura interpretaciones de segundo y tercer orden (...) De manera que son ficciones; ficciones en el sentido que son algo `hecho`, algo `formado`, `compuesto` –que es la significación de *fictio*" (1997: 28).

(9) La idea de entender la etnografía no como "una interpretación coherente del otro [modo textual]" sino "como una mezcla de múltiples realidades negociadas escritas en textos etnográficos de autoridad dispersa [modo dialógico]" (Marcus y Cushman, 1991: 190) establece –pese a buscar lo opuesto– una nueva asimetría: entre el etnógrafo que escribe y el nativo que habla. Como sostuvo Tyler (1991) "el diálogo es la fuente del texto (...) las palabras siguen siendo sólo instrumentos de la voluntad del etnógrafo".

(10) En Rabinow se trata de "violencia simbólica" (dimensión inherente a la práctica de campo), en Crapanzano de la relación "Eros-Tanatos" (las ansias de conocer del etnógrafo conducen a la reducción del otro), en Dwyer de la "Dominación" (Geertz, 1989: 107-108). No es que Geertz sostenga que se deban soslayar tales dimensiones ya que, como mostramos, están presentes en sus textos. Para Geertz es quizás improductivo construir la autoría desde esa posición de denuncia sistemática que pone en el centro a la reflexividad y al antropólogo y marginaliza la comprensión de los otros.

(11) Fundamentalmente cuando trata temas "etnográficos" como la cuestión del poder en Marruecos e Indonesia, las transformaciones de esos pueblos a lo largo del tiempo, etc., se ve claramente el *círculo hermenéutico*, es decir, "un continuo equilibrio dialéctico entre lo más local del detalle local y lo más global de la estructura global" (Geertz, 1994: 89), propuesta de Geertz para interpretar en lugar de suponer capacidades fuera de lo común en los etnógrafos a la hora de captar "el punto de vista del nativo". En definitiva, nunca se trató de penetrar otra cultura sino "de ponerse en su camino y que ella te envuelva" (1996: 53). Su planteo busca, de este modo, superar las posiciones dicotómicas: descripción interna vs. externa, en primera persona vs. en tercera persona, análisis emic vs. análisis etic, entre otras. Para esto propone la existencia de conceptos de "experiencia próxima" y conceptos de "experiencia distante" donde la tarea consiste en "comprender conceptos que, para otros pueblos, son de experiencia próxima, y hacerlo de un modo lo suficientemente bueno como para colocarlos en conexión significativa con aquellos conceptos de experiencia distante con que los teóricos acostumbran a captar los rasgos generales de la vida social" (Geertz, 1994: 76).

(12) "La visita a las librerías [norteamericanas] confirma que la disciplina permanece tan asociada al exotismo (a despecho de los antropólogos) que hasta el mismo mercado intelectual no consigue llegar a la perspectiva moderna lévi-straussiana. El camino parece seguir los siguientes pasos: (...) al volverse a mirar hacia el "nosotros" (...) en ese momento el estudio deja de ser antropología y se transforma en cultural studies, feminist studies, area studies" (Peirano, 1997: 86).

Bibliografía

- CHARTIER, Roger. *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*. Buenos Aires, Manantial, 1996.
- CLIFFORD, James. "Sobre la autoridad etnográfica". En: Reynoso, Carlos (comp.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa, 1991.
- CLIFFORD, James. "Verdades parciales". En: Clifford y Marcus (comp.). *Retóricas de la antropología*. Barcelona, Júcar, 1992.
- DE CERTEAU, Michel. "La risa de Michel Foucault". En: De Certeau, Michel. *Historia y Psicoanálisis*. México, Universidad Iberoamericana, 1998.
- FOUCAULT, Michel. *¿Qué es un autor?* México, Colección textos mínimos, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1969.
- FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Buenos Aires, Tusquest, 1992.
- FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1997.
- GEERTZ, Clifford. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós, 1989.
- GEERTZ, Clifford. *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona, Paidós, 1994.
- GEERTZ, Clifford. *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Barcelona, Paidós, 1996.
- GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1997.
- MALINOWSKI, Bronislaw. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona, Planeta-Agostini, 1986.
- MARCUS, George y CUSHMAN, Dick. "Las etnografías como textos". En: Reynoso, Carlos (comp.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa, 1991.
- PEIRANO, Mariza. "Onde está a antropología?" En: *Mana. Estudios de Antropología Social* (3) 2, 1997, p. 67 – 102.
- RABINOW, Paul. *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*. Barcelona, Júcar Universidad, 1992.
- ROSALDO, Renato. *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. México, Grijalbo, 1991.
- TYLER, Stephen. "Etnografía posmoderna: desde el documento de lo oculto al oculto documento". En: Reynoso, Carlos (comp.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa, 1991.